

ejerce en los demás objetos del mundo visible, ésta aparece como amortiguada; lo que nos enseña admirablemente el divino Pablo cuando para ponderar el amor cuidadoso de Dios hácia el hombre, exclama entusiasmado: «¿Tiene Dios acaso cuidado de los ganados?» *Numquid de bobus cura est Deo?* Escuchad, católicos: esta materia es vital para nuestras almas.

Hay en el hombre una afección espiritual y característica, que lo distingue muy particularmente del ángel, con quien tiene asimilación por ser espiritual, y es la cognación con Dios. Así como en el orden carnal no hay un solo hombre que no tenga agnación con Adán, así en el orden moral no existe tampoco uno solo que no tenga cognación con Dios; y esto imprime en el hombre un carácter eterno é indeleble que lo separa y singulariza entre todos los seres. Este gran distintivo del hombre proviene de haber querido Dios tomar nuestra naturaleza, teniendo un Hijo entre los hijos de Adán, que fuese el Hijo natural y propio suyo, para adoptar con filiación eterna á todos los hermanos de este Hijo. ¿Por qué es esto, señores? Porque plugo á Dios, como dice el divino Pablo, tomar para sí la semilla de Abraham: *Nunquam Angelos apprehendit sed semen Abrahæ apprehendit*. Así, en la gran división que mediara para siempre entre los precitos y condenados, este carácter jamás se borrará; el cielo es el alcázar de los hijos de Dios, y el infierno es la cárcel de los espíritus rebeldes y de los hombres que, criados con el carácter de hijos, no quisieron vivir como tales, sino como enemigos de su Padre.

Pero Dios no conduce las cosas á su fin sino por los medios adecuados que ordena en su sabiduría infinita. La ascensión del hombre á la filiación divina es el resultado de la Encarnación de su Hijo eterno, encarnación que no podía realizarse sino por el concurso de una mujer; resultando de ahí que, debiendo esta mujer engen-

drar un Hijo Dios, todos los que fuesen sus hermanos habian de ser también engendrados espiritualmente por la que fuese Madre de este Príncipe celestial; es decir, que todos los hombres estaban predestinados en Jesucristo, y para alcanzar esta gracia tenían que ser engendrados simultáneamente en las entrañas de la misericordia de Dios, y en el corazón amoroso de la que fuera su Madre. Estos son los medios que establece la ciencia divina.

¿En qué campo tan ameno hemos entrado? ¿Qué horizonte tan sin límites hemos descubierto? María es esta Madre. María ha engendrado este Hijo. María es Madre de un Hombre que es Dios. Pero, ¿cómo es Madre? ¿Qué clase de Hombre es ese Hijo de María? Hé aquí el gran misterio de nuestra adopción divina, cuya inteligencia demanda un estudio profundo de los secretos del cielo. Debo hablar, aunque someramente, de lo que entraña la maternidad natural, para descubrirnos el sacramento augusto de la divina maternidad de María.

Una madre, no es tan sólo la que concibe un cuerpo, porque si en su concepción no se le infundiese el alma, ni podría ser engendrado, ni saldría tampoco á luz; tampoco lo es si existiese el alma sin infundirse en el cuerpo, porque el alma es un espíritu criado inmediatamente por Dios, no siendo la Madre la causa eficiente, sino la ocasión; la maternidad esencial consiste en que la madre concibe, engendra y da á luz un cuerpo que se ha formado en sus entrañas, al que Dios ha infundido un alma criada de la nada, sin materia preexistente, siendo los generantes tan sólo una causa ocasional. Esto es lo que empieza á constituir la maternidad natural; un cuerpo sin alma no es más que materia; un alma sin cuerpo es un ente incompleto, porque así como la perfección del ángel estriba en no estar ligado á la materia, la del alma consiste en dar animación y movimiento al cuerpo, razón por qué un sabio ha dicho que la resurrección de los

cuerpos es, no sólo necesaria, sino hasta natural, en el sentido de ser violenta la separacion, porque el alma y el cuerpo son dos amigos que se hallan separados contra su voluntad, y tienen una tendencia innata á unirse de nuevo.

Pero aún no he dicho todo lo que constituye una verdadera maternidad natural; de la union del alma y el cuerpo resulta una especie de entidad que no es el alma ni el cuerpo, y sin embargo los constituye á ambos en una categoría singular, y es la personalidad. Esto es, católicos, lo que forma el complemento de la maternidad natural; toda madre humana concibe, engendra y da á luz una persona, siendo esta personalidad la que hace al cuerpo y al alma subsistentes, y volviéndose ella incomunicable á otra persona indivisible é inseparable; esto es lo que nos hace realmente distintos; esto es lo que nos constituye verdaderos hombres en el orden natural. Mientras en la concepcion no se unan el cuerpo que engendran los progenitores y el alma que infunde el Criador, no resulta la personalidad en el orden de la naturaleza; y si al verificarse esta union viene á dar subsistencia al cuerpo y al alma una personalidad superior á la personalidad humana, la naturaleza inferior no tendrá su propia personalidad, sino la superior y más perfecta, y entónces la madre en cuyo seno se realiza esta union verdaderamente portentosa, no sólo lo será del cuerpo que ella concibe y engendra, sino tambien de la persona que toma para darles subsistencia al cuerpo engendrado y al alma creada.

Si habeis comprendido, como lo creo, cuanto encierra esta doctrina que acabais de oír, ya no temo conducir os hasta lo más íntimo de las grandezas de la Madre de Dios y nuestra. ¿Veis esa mujer que está en pié junto á la Cruz de Jesus? Pues sabed que es la Madre del Verbo del Padre; en su seno se ha formado, de una manera admirable, un

cuerpo humano, al cual se ha unido un alma perfectísima; y en el mismo instante, la personalidad divina, increada, infinita, incomunicable, se ha unido tambien á este cuerpo y alma, y ha resultado una naturaleza unida á otra, sin mezclarse ni confundirse, sin personalidad propia por parte de la inferior, pero subsistiendo una y otra por la personalidad divina; como inmediata consecuencia, María es Madre del cuerpo de Jesus, porque lo concibe; Madre de su alma, porque Dios la une instantáneamente al cuerpo de su Hijo, y Madre muy especialmente de Dios, porque la segunda persona de la augusta Trinidad da subsistencia al cuerpo y alma de Jesus. María concibe á Dios, engendra á Dios y alumbra un Dios.

Pues bien, señores; este Dios ha consumado la carrera de su peregrinacion en la tierra, y va á morir. Ha pedido á su Padre el perdon de toda la humanidad; ha dado una prueba de esta remision aplicándola al primero que muere á su lado; ha declarado á la faz del mundo el valor infinito de sus trabajos, computándolo por lo que le cuesta el rescate del mundo; pues se ve abandonado de su Padre, á quien se queja amorosamente de este desamparo. Está ya aplacada la ira del cielo; una sola frase resta á Jesus, la cual dicha, todo estará concluido y entregará su espíritu. Era á su Madre á quien tenía que dirigirla, hablándola por última vez con un amor que no era para Ella, sino para el mundo; con un cariño que entrañase una reciprocidad inmensa, universal, no ya por parte de la Madre que lo amaba, sino por la de los hombres que quedaban perdonados, santificados y redimidos, y tocaban ya á los límites de la adopcion divina, que naufragara entre el diluvio del pecado, y aparece risueña, fuerte y vigorosa, despues que el diluvio de la sangre de un Dios inunda y fertiliza la tierra. Oigamos estas palabras: «¡Mujer! dice Jesus volviendo su santo rostro hácia su Madre, y señalándola un discípulo que se encontraba allí: Mujer, ese

es tu hijo.» *Mulier, ecce filius tuus*. Y dirigiéndose á este hombre afortunado: «Esa es, le dice tambien, Esa es tu Madre.» *Ecce Mater tua*. ¡Palabras sublimes, que son el complemento de las obras del amor divino, y ponen el sello á cuanto el Hijo de Dios tenía que hacer entre los hombres! No renuncia Jesucristo los derechos que tiene como hijo en el corazon de su Madre; pero advertidamente, y con singular providencia, dice San Ambrosio, al hablarla por última vez, la da el tratamiento que convenia á la Madre de todos los vivientes por la fé, para agregar á su persona á todos los hombres en una fraternidad eterna.

Lo que entraña esta última palabra de Jesus, los inmensos resultados que emanan de ella, no es asunto que puedan tratarle los hombres, porque apénas hay en ellos suficiencia para comprenderlo. El vínculo de amor que une á Jesus con María, es un lazo indisoluble que jamás podrá separarlos. Jesus debe á María una vida que importa el rescate del mundo y la pacificacion del cielo con la tierra; María debe á Jesus la dignidad mayor que existe despues de la Divinidad. El Verbo, esplendor de la gloria del Padre y copia natural de su substancia, se une á María con el mismo nudo que lo ata á su Padre; María se acerca al Hijo de Dios con la misma intensidad con que se unen la luz y el rayo, la planta y la flor, y el corazon de la madre con el hijo. La filiacion es eterna, inmensa é infinita: luego el amor que los vincula es tambien eterno, inmenso é infinito. Pero este amor se extiende por parte de Jesus á todos los hombres, sin excluir á uno solo, y necesariamente tambien el amor de la Madre abarca todos los descendientes de Adan, porque todos son los hermanos de su Hijo. No se excluye ni al traidor Judas, ni al discípulo cobarde, ni al sayon inhumano, ni al soldado cruel. Con tal que se acuerden que tienen una Madre celestial y vuelvan á Ella su mirada de

arrepentimiento, Jesus los recibe, Jesus los consuela, Jesus los lava con su sangre, Jesus les pone el sello de su cariño, Jesus los admite en su convite, Jesus los lleva al Paraiso, porque son sus hermanos, hijos todos de un mismo Padre celestial, y engendrados en el corazon de su propia Madre. Ved cuánto importa la filiacion divina del hombre.

¿Quién no se admira al contemplar el modo con que Dios abre los tesoros de su misericordia? ¿Quién no se pasma al considerar que ni un solo momento ha pasado por la humanidad en que no haya podido ésta decir con toda verdad: «Padre nuestro que estás en los cielos?» El Gólgota con sus hondonadas entrecortadas, con riscos áridos y puntiagudos; el Gólgota, que no tiene otros matices que las osamentas horribles de los ajusticiados; el Gólgota, de donde por la noche no salen sino espantosas sombras para el viajero, y donde por el dia no posan su pié sino las águilas rapantes, ¿qué otra cosa es más que un trasunto fiel del paraíso perdido, donde sólo vegetara la hedionda planta silvestre del muladar hacinado, y en cuyo ámbito no habitara más que la pavorosa sombra del crimen y la fiera asoladora de la culpa? Pues bien: de esta tétrica mansion á que el hombre ha descendido por su culpa, asciende por sus grados hasta tocar á la cima de la justificacion, llevándolo Dios de la mano. ¿Y cómo, señores? Conduciéndolo el Hijo de Dios hasta el paraje en que espira, hasta presentarlo á su propia Madre, diciendo á Ésta: «Mujer, hé ahí á tu Hijo;» y á Éste: «Mira aquí á tu Madre.» *Mulier, ecce filius tuus; ecce mater tua*. La Providencia divina se muestra en este proceder llevando todas las cosas á su fin por los medios conducen-tes á Él. Despues de haberse uno precipitado á un abismo, para salir de él tiene que ir ascendiendo paso á paso; Adan, hijo de Dios adoptivo, tiene la temeridad de colocarse en un declive que lo lleva á la sima de la muerte

eterna; y para levantarse, primero se le perdona, *Pater ignosce illis*, y despues se le declara nuevamente hijo, redimido con la sangre del Verbo, pero adoptado en la que habia de estrellar la cabeza del enemigo: *Mulier, ecce filius tuus*.

Os preguntaré ahora yo, señores: ¿Sabeis quién es ese personaje que está clavado en una cruz, que perdona el crimen y manda á su Madre que lo sea tambien de todos los hombres? ¿Podreis acaso conocerlo, cuando Él mismo ha dicho que tiene un Padre á quien nadie conoce sino el Hijo, así como tampoco conoce nadie al Hijo sino el Padre, ó aquel á quien se digne revelarlo? En efecto: difícil nos sería comprender quién es ese Hijo, si nuestros sentidos no tuvieran un testimonio fiel que se lo enseñase; invisible en su naturaleza, se hizo visible en la nuestra, y viendo al Hijo, vemos al Padre. Pero ¿por qué medio? Por el de la maternidad divina de María; por ella conocemos á Jesus, y sabemos que el inmortal é impasible, se hizo mortal y pasible por amor del hombre.

El único testigo que puede decirnos el origen de Jesus, es María; porque Ella es la depositaria del augusto misterio de su virginidad; Ella la única que sabe con evidencia de ciencia que Jesus no es Hijo del hombre, sino de Dios, que su persona es la del mismo Dios; así, si para conocer al Padre es preciso conocer al Hijo, para conocer al Hijo no hay más que dirigirse á la Madre.

Nuestros sentidos nos conducen á María, y Ella nos lleva al Hijo, y por el Hijo subimos hasta el Padre, en quien vemos el amor que nos tiene, al cual sacrificó lo más acepto á sus ojos.

Es, por lo tanto, María la copia-fiel del amor infinito que se desvela sin cesar por el bienestar de los hombres. Dios la objeta á nuestros sentidos, para que por medio de esta luz lleguemos á contemplar la luz increada que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. El mis-

mo amor que tiene hácia Jesus, refluye directamente sobre nosotros, y para comprender hasta qué punto llega, sólo basta saber lo que, á impulso de aquél, hace María con Jesus. Ella nos engendra, Ella nos alimenta, Ella nos acompaña hasta el último trance; si nos perdemos, llora y se atribula, hasta que volvemos á su amoroso lado; si nos persiguen los hombres, si nos combaten las adversidades, María se nos acerca para derramar sobre nuestras almas el bálsamo del consuelo é inspirarnos fortaleza. Y esto, ¿qué otra cosa es más que la expresion sensible del amor que nos tiene aquel Padre celestial que manda al sol que salga cada dia, que busca á la oveja descarriada y la conduce al aprisco, que se fatiga y suda por los pecadores, y manda á sus ángeles que se regocijen en el cielo cuando el hijo rebelde vuelve al seno de su progenitor?

Todo esto es invisible, como que las obras de Dios son análogas á su naturaleza espiritual; necesitamos del telescopio de la fé para poder percibir las ideas de la Providencia sobre nuestra salvacion; pero cuando fijamos nuestros sentidos en María; cuando la vemos al lado de su Hijo que espira; cuando oimos las tiernas é interesantes palabras que éste la dirige, no podemos ménos de decir con los samaritanos: «Creemos, no sólo por lo que nos han dicho, sino por lo que hemos visto con nuestros propios ojos.» (*Joann.*) Sí, católicos; la grandeza de Dios se manifiesta al contemplar las maravillas de la creacion, la hermosura incorruptible de los cielos, el orden simétrico de los tiempos, y el movimiento regular y periódico de los astros; pero el Dios amoroso, el Dios que nos cria de la nada y nos adopta por hijos suyos, perdonándonos las culpas y recibiéndonos en su amistad, se ve sensiblemente en María, á quien Dios ha dado un corazon que es el suyo, un amor que es el suyo, y unas entrañas que son las de su misericordia, con que nos visitó bajando del cielo.

Quien vea á María, ve á Jesus, ve á su Padre, con toda su ternura para con los hombres: *Invisibilia enim ipsius per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur.*

Hay una ley que manda que la Madre sea la heredera del Hijo, como que la razon exige que por derecho devolutivo recaiga la parte en la que ha dado el todo. Si María tiene un amor inmenso en su intensidad, no hay que extrañarlo, pues lo ha heredado de su Hijo. Y si este mismo amor del Hijo es la herencia y el patrimonio que le corresponde, porque su Padre lo engendra eternamente y le da el dominio sobre todos los hombres, y si este Hijo, al amarnos con un amor tan infinito, no hace más que copiar en su corazon las ideas y sentimientos del corazon de su Padre, ¿qué conclusion deduciremos de estos antecedentes? Que María, el Verbo divino y el eterno Padre, tienen hácia nosotros el mismo amor, la misma providencia, la misma solicitud. No vemos al Padre, porque es espiritual é invisible; tampoco pudiéramos ver al Hijo, porque tiene la misma esencia y las mismas propiedades; pero vemos á la Madre, y en Ella al Hijo de Dios, y en Él al mismo Dios, resultando de ahí que María es la expresion sensible del amor divino que día y noche vela por nuestro bien.

El mundo no conoce estas maravillas de nuestra intimidad con Dios, ni quiere tomarse la pena de estudiarlas: carnal y sensual, no ve más luz que la material, que realza las bellezas de la creacion, contentándose con explotarlas en provecho de sí mismo, como los cuadrúpedos, que no suspiran más que por los alicientes de los sentidos; si algo se llega á saber de los misterios de la naturaleza, es para refinar el sensualismo, y entrar en lo más recóndito, en lo más exquisito de la corrupcion.

Su filosofía está ceñida ó reducida á ceñirse la frente de rosas ántes que se marchiten, á comer con anhelo,

y beber con alegría, para estar hartos el dia de hoy, supuesto que se ha de morir mañana. Pero no lo extrañeis; todo está sujeto á una ley: si el mundo abusa de las riquezas, si el hombre abusa de sus sentidos, si abusa de sus facultades intelectuales, señal es que nada de esto le fué dado para abusar, y sí para servirse de ello en los límites de lo justo; señal es tambien de que hay una ley de libertad natural, cuya accion no pudiera probarse sin la existencia de objetos que son como la piedra de toque de esta misma libertad. Abusa el malo de esta libertad, y encuentra su ruina; usa bien el justo de esta libertad, y como la gracia previene al malo, y previene y acompaña al bueno, éste halla en el uso de su libertad su gloria y corona.

Pero nosotros no somos filósofos segun el mundo; nuestra ciencia, basada en la filosofía del espíritu, nos muestra aquella luz increada que nos ilumina y guia en el tenebroso caos del mundo. Ella nos conduce á la region sublime de la espiritualidad, y nos dice que somos hijos de Dios, herederos de su gloria, engendrados en el amor eterno del Verbo, redimidos por su sangre, santificados por su gracia, y adoptados por hermanos suyos en el corazon de su Madre. Y esta idea nos fortifica en las debilidades de esta vida, nos consuela en las aflicciones, y enjuga nuestras lágrimas; y como bajel amarrado á fuerte argolla en puerto seguro, no tememos ni el fiero vendaval del desierto, ni el horrible huracan de los mares; porque esta fé nos dice que un corto número de penas en esta vida nos granjea un peso inmensurable de gloria en el reino celestial, en que seremos príncipes con nuestra Reina, herederos con nuestra Señora y dichosos con nuestra Madre. ¡Cuánto más grandes, cuánto más sublimes, cuánto más beatificadoras son estas verdaderas creencias, que no esas vanas teorías del hombre sensual, que abre una misma tumba para su cuerpo que siente y para su alma

que discurre y raciocina! Con esta fé de que María es mi Madre, que cuida de sus hijos desde la cuna hasta el sepulcro, porque Dios se lo ha mandado, y porque los sentimientos de su corazón se lo exigen, yo subiré al leño en que he de surcar las salobres aguas, y no tendré mi confianza ni en la acerada proa, ni en el soberbio mástil, ni en el tiempo bonancible, y sí en María; porque ella lleva á sus hijos por la mano, sobre todo cuando ni el amor del ocio, ni el deseo de los goces mundanos, ni la ambición de dignidades, ni el ánsia de las glorias humanas, sino el instinto de su corazón animado por el cielo, los conduce á lejanas playas.

¡Ah! venid, amigos míos, venid todos; vengan mis hermanos, pues todos lo son en Jesús y María; arrodillémonos todos ante el Trono donde está sentado el que con su sangre nos redimió y adoptó por hermanos suyos. Si por nuestras culpas viésemos su rostro airado, digámosle con sus discípulos: *Ecce Mater tua, et fratres tui stant te alloqui.* «Tu madre, Señor, y tus hermanos, desean hablar contigo; Ella, que nunca te ha ofendido, viene á interceder por nosotros; nosotros, que somos pecadores, te pedimos la gracia del perdón.» *Ecce Mater tua et fratres tui.* Habla, pues, por nosotros, ¡oh María! Tú que eres Madre, Tú que eres Reina, Tú que eres Señora. Muéstranos tu dulce rostro, extiende hasta nosotros la vara que nos protege, manda á nuestros enemigos que se retiren, para que, pasando una vida pacífica en toda castidad y perfecta humildad, logremos en toda su plenitud el fruto de tu amor en la gloria. Amen.

## SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

### FIESTA DE MARÍA SANTÍSIMA

BAJO LA ADVOCACION DEL AMOR HERMOSO.

*Ego Mater pulchræ dilectionis.*

Soy yo la Madre del Amor Hermoso.

(EccLl., cap. xxiv, vers. 24.)

Pocos siglos ha habido en que se haya hablado de amor con tanta profusion como en este llamado siglo de la razón. Apenas ve la luz pública un escrito en cuyas páginas no se encuentren algunos pensamientos consagrados á esta especie de númen; pocas conversaciones hay que no sean sostenidas ó condimentadas por él, y aún muchos hombres de ideas abstractas parece que han adoptado esta palabra como el medio de producirse con suceso; por do quiera se lee y se oye encomiado el amor á la gloria mundana, para electrizar el espíritu juvenil y animarlo á emprender hazañas; se habla en todas partes del amor á la patria, para que los pueblos sean celosos de su honor y lo sostengan con bizarría. Amor al orden, amor á la paz, amor al bien público, son hoy día unas como voces de reaccion, las cuales, como templado bronce, resuenan en las tribunas, en el foro, en la prensa literaria y en el mundo todo. Es, sin duda, el actual un siglo enamorado, pues todos se precian de ser amantes de la justicia, amantes de la moral, amantes de las leyes é instituciones, amantes de la filantropía, y de tal modo se ha propagado esta pala-